

**FORUM 3 LO QUE LA EVALUACIÓN SILENCIA:  
La Infancia bajo control  
Sevilla 2 de junio 2012**

**AUTISMO: ¿Qué dicen los sujetos autistas? El consentimiento**

**Mary Ángeles Cremades Carceller**

Y después de la palabra el cuerpo. Después del lenguaje escrito, el relato sin palabras. Después de la escritura la lectura de lo inscrito, de lo que no está escrito con letras ni abecedario pero espera un lector atento que lo descifre. El cuerpo con su lenguaje propio, único en cada sujeto, nos habla, incluso nos grita, podemos hacer oídos sordos, pero no por ello dejará de expresarse.

Me presento hoy aquí como representante de la Asociación Europea de Escuelas de Formación en Práctica Psicomotriz, ASEFOP, una asociación fundada por Bernard Aucouturier que lleva más de 25 años formando profesionales del ámbito clínico y educativo con el objetivo de difundir una manera diferente de “ver” y de “hacer” con el niño, a partir de abrirles a la comprensión psicodinámica de la motricidad infantil. Más allá del método específico, nuestro sello de la casa es una mirada que encierra una ética de respeto al niño como sujeto en presente, respeto al ser original que lleva dentro como el ser humano que ya es, no solo como sujeto de derechos, sino como sujeto de su propia acción y de sus relaciones de todo orden. Una mirada de aceptación incondicional del niño desde lo que es, no desde lo que le falta o lo que no es. Creer en el niño es algo que se dice fácil, en general los adultos estamos bastante de acuerdo en determinados principios, en el qué hacer con los niños, pero nos diferenciamos más en el cómo hacemos lo que hacemos. El respeto manifestado a través de actitudes como la escucha, la acogida, el acompañamiento y la empatía, encarnado en el gesto, la postura, la mirada, la palabra y en un sistema de acción fundamentado en un sólido cuerpo teórico son las llaves maestras de nuestro trabajo con los niños.

Si el objetivo de toda terapia es crear pensamiento, la terapia psicomotriz interviene sobre los procesos que favorecen la transformación de lo biológico en simbólico, la transformación de las sensaciones, del movimiento y la acción en pensamiento en una definición que ya es clásica “Del placer de actuar al placer de pensar”. A partir de una fundamentación psicodinámica del desarrollo, la Práctica Psicomotriz extrae de las aportaciones de diferentes autores pero más específicamente de Winnicott, unos principios de intervención terapéutica que hacen de ella una Práctica original que actúa sobre la base misma de la organización somatopsíquica del ser humano. Los juegos de reaseguración profunda animados por las representaciones inconscientes más arcaicas del ser humano son la evidencia de la superación de la angustia por parte del niño y por tanto son la garantía de una organización sana del psiquismo, de la misma manera que su ausencia nos ponen en guardia sobre una problemática anclada en la etapa preverbal que compromete seriamente el desarrollo futuro del niño. En la sala de psicomotricidad, la expresión del inconsciente encuentra una vía privilegiada de manifestarse a través de

la vía corporal, el movimiento y el juego y sobre ello fundamentamos nuestra intervención.

La problemática que abordamos hoy aquí no es precisamente menor.

El niño no decide sobre sí mismo, siempre hay un otro que decide sobre sus necesidades, y si algo caracteriza a “esos otros” familia o profesionales es la casi imposibilidad para diferenciar lo que es del ámbito educativo y lo que es del ámbito de lo terapéutico, es decir lo que es del orden de los aprendizajes y las habilidades para la adaptación al entorno, de lo que es del orden del sufrimiento o de las tensiones internas o la construcción del propio ser humano. Un niño que presente dificultades en su etapa escolar (no olvidemos que hay niños que entran el ámbito escolar a los 4 meses) tiene un 95 % de probabilidades de que sus dificultades sean interpretadas como dificultades de aprendizaje y el abordaje de las mismas se va a hacer desde un punto de vista pedagógico. Refuerzos, clases complementarias, apoyos y si el problema se identifica más con lo adaptativo y conductual, se inicia la búsqueda de un nombre que identifique el “trastorno” y se solucione con medicación. Todo ello en aras de mejorar unos rendimientos o una supuesta adaptación al sistema. Este niño tiene muy pocas posibilidades de que alguien se preocupe de si está bien en su piel, que alguien se pregunte sobre su funcionamiento psicológico o el porqué no puede aprender o estar sentado. Es mejor decir que no puede escribir porque tiene falta de fuerza en las manos, ponerle caligrafía y obligarle a que haga lo que no puede hacer, que intentar pensar qué le impide usar las manos, que culpas le atenazan o a qué lugar de su historia psicoafectiva hay que ir a buscarle para que su motricidad fluya en vez de atascarse al llegar a las manos. Es más fácil etiquetar a un niño de TDHA y pensar que por eso se distrae y no puede estarse quieto que intentar averiguar qué ruidos internos, que tristezas o inquietudes le impiden escuchar o atender al exterior. Actuar sobre la causa y no sobre los efectos, entender al niño como persona en su totalidad no solo en su funcionalidad, no está de moda.

Y si esto es así para la infancia en general lo es todavía más si nos acercamos al ámbito de las personas con discapacidad en particular la discapacidad intelectual, no digamos ya nada del Autismo. La angustia, la ansiedad, la tristeza o la depresión, la frustración, las dificultades psicológicas están fuera del foco de lo que le puede suceder a un niño. Y si se trata de personas con discapacidad simplemente “son así”, identificados con su síntoma, con un entorno que tiene el punto de mira puesto en una funcionalidad, en unas habilidades encaminadas a la normalización, ninguna ayuda terapéutica encaminada a mejorar su bienestar interno suele contemplarse. El niño con discapacidad es ignorado en su dimensión más humana. Sus emociones, su mundo interno, las problemáticas que son inherentes a la vida y no a la discapacidad suelen ser sistemáticamente ignoradas.

**¿Qué nos dicen los sujetos autistas?** Los sujetos autistas se caracterizan por sus dificultades de comunicación interpersonal pero no podemos decir que su cuerpo no nos hable. Las características corporales y expresivas de las personas con autismo no dejan a

nadie indiferente. **Con su cuerpo nos hablan de su miedo, de su desconcierto ante un mundo que no tienen códigos para comprender.** Su cuerpo y su motricidad parecen no estar preparados para una vida en vertical que lucha contra la gravedad. Conservan una motricidad muy arcaica que nos recuerdan más a seres preparados para vivir en un medio acuático o aéreo que sobre la tierra, de hecho a veces parecería que su motilidad no se ha transformado aún en movilidad, y pisar tierra en el sentido amplio del término, es difícil para ellos (saltos). La rigidez característica de sus movimientos tiene que ver con una organización corporal muy primaria que sin embargo se ve abocada a mantener la posición vertical. Su espalda hipertonicada a veces hasta el extremo, sostiene un esqueleto que tiende a replegarse para proteger una parte delantera que sienten como extremadamente vulnerable porque apenas está integrada. Un cuerpo sin volumen, plano, sin interior ni exterior. Su marcha de puntillas intenta unificar un cuerpo que sienten desmembrado. Sus estereotipias buscan el mismo fin. Y las manos, ese apéndice que cuelga y se hace presente a sacudidas porque no tienen función para el sujeto autista, dado que ni el contacto ni la habilidad tienen sentido.

La mirada de un niño autista nunca deja indiferente, cuando hay contacto visual y cuando no lo hay. Cuando mira más, allá cuando mira para dentro, cuando mira sin ver. La evolución de la mirada es uno de los índices más interesantes de evolución del sujeto autista. Las dificultades del contacto corporal nos hablan una vez más de su temor a sentir, a sentir sensaciones a las que no puede dar sentido, que no puede organizar y por tanto integrar en ningún lugar o lo hace limitadamente, viviendo el contacto como algo amenazador. Podría seguir hablando del dolor, de los golpes, la voz, los gritos ..... la relación con el cuerpo de un niño autista a nadie deja indiferente.

Vivir sin lenguaje es una condena, vivir sin cuerpo, en un organismo difícil de organizar en un sentimiento de sí, un sentimiento de pertenencia a ese cuerpo, es vivir encadenado a la angustia.

Desde la Práctica Psicomotriz intentamos que los niños autistas construyan aunque sea de manera incipiente o limitada un sentimiento de unidad corporal, un sentimiento de continuidad de sí que le permita encontrar un cierto sentido a lo que pasa dentro y fuera de él. Que el sujeto autista pueda habitar en su cuerpo y no vivir encadenado a él. Crear en la medida de lo posible un sentimiento de cuerpo propio rebaja los niveles de angustia lo cual favorece una mayor facilidad para la adaptación al entorno. Trabajando desde lo arcaico los niños autistas encuentran una vía de expresión a través de lo corporal que facilita su instalación en la comunicación con el otro, porque hay un otro que le escucha en su expresión, que le entiende y que responde a su demanda profunda sin pedirle nada a cambio, solo que viva el placer de ser él y de estar en una relación. A partir de aquí hay un desarrollo posible que en cada sujeto va a tomar un camino propio. Les vemos en el suelo, generalmente tumbados boca abajo, donde despliegan una motricidad arcaica, pero coordinada. Les vemos buscando sensaciones fuertes especialmente por la parte delantera, para sentirla, les vemos calmar las estereotipias cuando apoyan la espalda, algo que tarda en aparecer, y aceptar envolturas en los

miembros inferiores como si fuera una parte lejana que hubiera que recoger para unirla al tronco. Y así podría seguir.....

Los niños autistas no deciden sobre la continuidad de esta o de otras ayudas. Ellos muestran su voluntad de continuidad, su deseo e interés en la terapia a través de su implicación corporal, de la incorporación a sus rituales de los rituales de la sesión, o la incorporación del día y hora de la sesión a sus rutinas temporales, punto importante puesto que la semana suele pivotar alrededor de la misma. Su consentimiento es especialmente expreso para un ser que es, por definición, carencial en términos de comunicación.

Pero estos indicios tan importantes para un entorno atento, muchas veces son pasados por alto ante las exigencias de los programas que los niños autistas se ven forzados a seguir desde el “sistema” en aras a no perder tales o cuales beneficios que se supone que “el sistema “ les va a dar.

Los sujetos autistas nos provocan angustia porque no les entendemos, nos inquietan y hasta nos desesperan, para cualquier profesional son un reto, pero devolverle a un ser humano su calidad de sujeto es una obligación a la que no podemos renunciar.

**¿Qué nos dicen los sujetos autistas?** No seré yo quien usurpe la voz propia a los sujetos autistas, pero sí puedo decir lo que yo escucho cuando uno de ellos te da el privilegio, el consentimiento, para trabajar con él:

*“Ayúdame a organizar el caos. Sé tu ese otro que me ayude a poner orden en lo que siento, para poder vivir en mi cuerpo, habitarlo y no que sea mi cuerpo el que me habite a mí.”*